



Los vínculos de la cooperación epistémica

Rodrigo Laera¹

Recibido: 25 de mayo de 2016 / Aceptado: 12 de diciembre de 2016

Resumen. El objetivo central de este trabajo consiste en articular la noción de cooperación epistémica con la de fiabilidad, ofreciendo una alternativa al intelectualismo. La tesis principal radica en que la fiabilidad de los procesos epistémicos se conforman a partir de que los sujetos cooperan unos con otros en la atribución de conocimiento. De esta manera la cooperación epistémica se vincula con varias posiciones teóricas: (a) con el contextualismo, al constituir un contexto flexible o exigente para la aceptación de proposiciones; (b) con una respuesta al escepticismo, pues el escéptico permanece aislado del contexto de enunciación, (c) con el inductivismo y la circularidad, pues mediante la cooperación epistémica se determina en qué contextos el inductivismo y la circularidad son argumentos legítimos.

Palabras clave: cooperación epistémica; fiabilidad; contextualismo; inductivismo; circularidad.

[en] The Links of Epistemic Cooperation

Abstract. The aim of this paper is to articulate the notion of epistemic cooperation with the reliability, offering an alternative to intellectualism. The main thesis is that the reliability of the epistemic processes is formed from that the subjects cooperate with each other in the attribution of knowledge. Thus, epistemic cooperation links with various theoretical positions: (a) with the contextualism, to constitute a flexible or demanding context for accepting propositions, (b) with a response to skepticism, as the skeptic remains isolated from the context of utterance and assessment, (c) with inductivism and circularity, because by epistemic cooperation determines which contexts inductivism and circularity are legitimate arguments.

Keywords: epistemic cooperation; reliability; contextualism; inductivism; circularity.

Sumario: 1. Introducción; 2. Cooperación epistémica y contexto; 3. Tres casos clásicos vinculados con la cooperación epistémica; 4. Circularidad; 5. Conclusiones; 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Laera, R. (2018): “Los vínculos de la cooperación epistémica”, en *Revista de Filosofía* 43 (1), 139-153.

¹ Universidad de Barcelona
rodrigolaera@gmail.com

1. Introducción

Hay dos cuestiones epistemológicas que se encuentran relacionadas: qué vuelve racional a una proposición y cuánta confianza se tiene que depositar en una proposición para que alcance el estatus de conocimiento. Ambas cuestiones vinculan la racionalidad con la fiabilidad de las creencias. No obstante, este vínculo suele pensarse como un círculo vicioso, pues uno necesitaría de la fiabilidad de la fuente para que una creencia sea racional a la vez que necesitaría de la racionalidad para hacer que una fuente sea fiable. Por ejemplo, Alston (1986; 2005) ha defendido la posición de que no hay argumentos que no sean circulares para establecer a la fiabilidad de la percepción sensorial como un valor epistémico. También Fumerton (1995) ha hecho especial hincapié en que la percepción no puede usar a la propia percepción para demostrar su fiabilidad, sin caer en un círculo vicioso indeseable. Lo mismo puede aplicarse a las demás fuentes de conocimiento². Este círculo se asemeja al *problema del criterio* (Chisholm, 1973; 1982), que consiste en una disputa de prioridades: uno puede sostener que hay que tener un criterio para establecer instancias de conocimiento, pero a la vez alguien puede discutir que se deben establecer instancias de conocimiento para identificar un criterio. Del mismo modo, uno tiene que establecer casos de racionalidad para hacer a una creencia confiable, a la vez que parecería necesitarse creencias confiables para atribuirseles racionalidad. Por ejemplo, Juan puede considerar la su percepción de sus manos es un criterio fiable para saber que tiene manos; en cambio Ana puede sugerir que solo porque sabe que tiene manos la percepción de sus manos es fiable. De la misma manera, Juan puede pensar en las razones que lo llevan a creer que tiene manos, pero a la vez Ana considerar que es justamente la creencia de que tiene manos la que la conducen a pensar en dichas razones.

Si bien se puede recurrir al sentido común o a los juicios intuitivos sobre casos particulares para explicar la comprensión y la delimitación de las atribuciones de conocimiento, semejante punto de partida también puede despertar la duda de que tales juicios son poco confiables, pues al no tener idea de qué casos particulares califican como procesos o instancias de conocimiento, tampoco se puede estar seguro de cómo empezar a conocer ni en qué confiar. Aunque el sentido común o los juicios intuitivos son de alguna manera indispensables para la práctica diaria del conocimiento, el sentido común y la intuición se terminan cuando uno reflexiona teóricamente sobre ellas o hace un recuento de aquello a lo que cotidianamente se atribuye conocimiento. Poniendo el acento en la reflexión teórica, esta consiste en elevar el nivel de escrutinio, considerando más opciones que las que nacen del sentido común. De tal manera, que las atribuciones de conocimiento no son tan permisivas como las que se realizan en el contexto de la vida cotidiana. Poniendo el acento en el recuento de atribuciones de conocimiento, no hay ninguna razón aparente para que el sentido común o los juicios intuitivos se consideren equivocados, a no ser porque diferentes personas o incluso la misma persona en diferentes momentos a menudo confían en creencias a las que atribuyen conocimiento y que están en conflicto. En consecuencia, aunque se especifique el vínculo entre la razón y la confianza, resulta complicado señalar a qué darle prioridad sin recurrir a cierto relativismo.

² Más recientemente, Huemer (2011) con la idea de meta-coherencia o Barnett (2014) en relación con el desafío escéptico.

Se puede considerar que la racionalidad se ajusta a fines prácticos, y cuando se establecen fines también se adoptan los medios que parecen más confiables y eficaces para alcanzarlos. Sin embargo, al tratarse de fines epistémicos –llámese búsqueda de la verdad o de las evidencias correspondientes– uno intenta maniobrar entre la arbitrariedad de la confianza ciega y el excesivo intelectualismo de colocar a la razón como un instrumento omnipotente³. En efecto, si *S* pensara que la fiabilidad o la confianza depositada en sus creencias son suficientes para atribuir conocimiento a sí mismo y a los demás, entonces *S* tendría conocimiento de las cosas que le plazca, no habría ninguna diferencia epistémica entre creencias y conocimiento. Pero cuando el conocimiento se basa únicamente en la fiabilidad de sus procesos, se vuelve dogmático.

Si la razón fuera el único medio de evaluar creencias, entonces sería imposible abandonar el análisis hasta encontrar otra razón que sea auto-evidente. En efecto, al intentar evitar tanto la regresión al infinito como la circularidad –pues la razón siempre exigirá razones– uno puede verse comprometido con el modelo cartesiano que culmina en la autoevidencia. De modo que la búsqueda constante de razones, paradójicamente, o bien envuelve una fe incondicional en la misma razón, fe que es irracional, o bien envuelve la idea de que hay creencias que no satisfacen dicha demanda, pues la capacidad especulativa es finita⁴. Siguiendo este camino, la paradoja del intelectualismo cartesiano radica en ser en el fondo lo que el dogmatismo es en la superficie: uno culmina en la irracionalidad dogmática de la razón, el otro se establece como dogma al excluir a la razón.

El objetivo de este trabajo es un intento de desarticular argumentos semejantes, poniendo en relieve la capacidad de pragmática de los sujetos para cooperar en el trabajo epistemológico. Capacidad que se ajusta tanto a las circunstancias evaluación como a los contextos de atribución. Pensada de esta manera, que haya circularidad entre la razón y la confianza, deja de ser preocupante, pues los modelos de cooperación epistémica excluyen a los de la epistemología intelectualista –especialmente la cartesiana– desarticulando la dicotomía racional/irracional como valores epistémicos absolutos.

En primer lugar, se pondrá de manifiesto cómo la necesidad pragmática de cooperar epistémicamente con otros sujetos es importante a la hora de atribuir conocimiento. De hecho, la racionalidad de las creencias se encuentra constituida a través de prácticas sociales, en las cuales hay una conexión entre lo que es racional y lo que la comunidad o la tradición pueden aceptar o tolerar. La fiabilidad de determinados procesos varía dependiendo de lo exitosos que pueden llegar a ser⁵.

³ Por supuesto, existen numerosas posibilidades entre estos dos límites y se podría discutir el hecho de considerar la confianza ciega como arbitraria, ya que muchas veces confiamos en alguien ciegamente no por arbitrariedad, sino por tener motivos previos. No obstante, cuando lo hacemos, o bien no repasamos los motivos en nuestra mente o repasamos los motivos en nuestra mente. Si los repasamos, entonces uno confía en esos motivos, que a su vez exigirán otros motivos. Y así se llega al intelectualismo. Si no los repasamos y confiamos sin preguntarnos por las causas de esa confianza, entonces uno puede parecer un dogmático. La cuestión de los *grises* entre estos dos límites, es dónde parar –al aceptar los motivos previos como vienen– y dónde no.

⁴ Quizás en un marco cartesiano esta especie de “fe” puede ser considerada irracional a secas, exigiendo el auxilio de la reflexión. Pero, algo que los diversos fundacionismos a partir de Wittgenstein han remarcado, es que en la base de la razón hay argumentos no razonados y que es así como funciona nuestro conocimiento, ya que no se puede demostrar todo. Véase Wittgenstein (1991).

⁵ También Foley (2004) ha sostenido que la confianza que depositamos en nosotros mismos, en nuestras creencias, opiniones y nuestro conocimiento, dependen de la confianza que depositamos en otros sujetos de la misma

Luego, se tomarán tres casos clásicos para interpretarlos a la luz de la cooperación epistémica: (A) el caso *cebra*; (B) el caso *Norman* y (C) el caso *Roxana*. En los tres se demuestra que los procesos fiables dependen de la cooperación de los sujetos epistémicos, dando lugar a las atribuciones de conocimiento. En estos casos, también se excluye la tentación intelectualista de ponderar la razón sobre otras capacidades epistémicas, que no tienen nada que ver con la arbitrariedad subjetivista de índole cartesiana. Al considerar seriamente que los sujetos cooperan entre sí, participando de un intercambio epistémico social, se abandona el paradigma que se enfoca en la relación entre sujeto/objeto, donde el sujeto parece atribuir conocimiento solamente mediante sus capacidades intelectuales y donde el objeto que se ofrece de manera fiable y transparente a nuestras facultades cognitivas. Dicho de otra manera, tanto la atribución como la fiabilidad se constituyen a partir de que los sujetos aceptan implícitamente determinados estándares, y evalúan diversas situaciones de acuerdo con ellos.

Por último, se considera que la noción de circularidad puede entenderse en un sentido débil o en otro fuerte. Se entiende en un sentido débil cuando, por razones prácticas, el contexto es poco exigente. Sobre todo, cuando la circularidad es tácita o está implícita en los argumentos. En un sentido fuerte, se la entiende en contextos exigentes, cuando lo que se busca seriamente explicaciones acerca de nuestras atribuciones de conocimiento.

2. Cooperación epistémica y contexto

Un sujeto coopera con otro al no cuestionar los presupuestos epistémicos cuando se pretende atribuir conocimiento. Es decir, uno coopera con *S*, cuando *S* atribuye conocimiento a sí mismo o a otros y no se ponen en duda los presupuestos semánticos de dicha atribución, aunque no se esté de acuerdo con lo que afirma conocer. Por ejemplo, si *S* sostiene que posee dos manos, uno no cooperaría con *S* al sostener la posibilidad de que sea un cerebro en una cubeta o de que lo engaña un genio maligno. Ilustrándolo con dos ejemplos. *S* entra al cine con una amiga y dice: “la sala está vacía”. La amiga lo corrige diciendo: “la sala no está vacía porque hay butacas”. O, en otra circunstancia, *S* dice: “en verano el Sol sale más temprano”. Luego alguien lo corrige: “el Sol no sale de ningún modo, porque la tierra gira alrededor del Sol y no al revés”. Las afirmaciones de *S* pertenecen al contexto de la vida cotidiana y, en este contexto, los estándares de atribución son semánticamente bastante permisivos. Con lo cual *S* realmente sabe que la sala está vacía y sabe que el sol sale más temprano en verano. En cambio, ambas correcciones parecerían estar fuera de lugar, por pertenecer a otro contexto o aplicarse en otras situaciones.

Así, se puede establecer dos líneas elementales para desarrollar de la idea de cooperación epistémica:

1. Cualquier miembro de la comunidad epistémica coopera con las creencias de *S*, si no cuestiona los presupuestos semánticos elementales que dan lugar a tales creencias.
2. *S* sabe que *p*, si los miembros de la comunidad epistémica cooperan y aceptan implícita o explícitamente la atribución de conocimiento propuesta por *S*.

Vale la pena aclarar que tanto (1) como (2) no promueven la idea de que para conocer basta simplemente con estar de acuerdo en que conocemos; esto es, el hecho de que la aceptación implícita o explícita de una atribución de conocimiento sea una condición suficiente para que haya conocimiento. Si así fuera, se estaría en presencia de una propuesta extremadamente subjetivista o relativista sobre el conocimiento, debilitando la relación del conocimiento con la verdad (cfr., Hazlett, 2010). Al contrario, uno puede diferenciar la libertad individual de atribuir conocimiento con la aceptación de dicha atribución. En efecto, uno puede atribuir conocimiento a todo aquello que cree, y en este sentido es un acto subjetivo que depende de la intención de quien atribuye; pero esto no quiere decir que dicha atribución de conocimiento sea aceptada o aceptable. Para que esto suceda se debe tener la aprobación, al menos implícita, de quienes conforman la comunidad epistémica en cuestión; la cual no se compone de unos pocos amigos (por decir algo), sino de sujetos competentes, actuales y posibles, que se encuentran vinculados por determinados estándares o criterios epistémicos.

Ahora bien, pensando en el primer principio, alguien coopera con *S* cuando respeta los estándares epistémicos propios del contexto de la enunciación de *S*. Uno puede discutir si la sala de cine está vacía, pero no con el argumento de que hay butacas. Por ejemplo, si hay diez personas para ver la película, *S* puede decir que la sala está vacía y su amiga que no, aludiendo a que hay gente suficiente como para tener otro juicio. En este caso, el predicado “vacío” responde a una cantidad de gente aceptable y ambos pueden discutir sobre ello, cooperando epistémicamente.

Pensando en el segundo principio, la idea de que la cooperación entre sujetos es necesaria para la atribución de conocimiento se encuentra ligada al contextualismo. A grandes rasgos, este sostiene que los enunciados del tipo “*S* sabe que *p*” y “*S* sabe que *no-p*”, con sus respectivas variables, cambian en relación con el contexto de atribución en el cual dicho enunciado fue proferido. De esta manera, el contextualismo permite que un hablante atribuya conocimiento a *S* sobre *p* y otro, al mismo tiempo, lo niegue, sin que con ello haya contradicción alguna, dependiendo de cuán flexibles sean los estándares de evaluación y de la respectiva cooperación (Cfr., DeRose, 2009).

El problema de este tipo contextualismo es que cuanto más bajos son los estándares de evaluación, más sencillo es atribuir conocimiento: cuanto más se ignora, más se sabe. En efecto, el riesgo del contextualismo radica en que legitima el hecho de que uno conozca proposiciones falsas con demasiada facilidad. Aunque los sujetos tiendan a relacionar el conocimiento con los hechos, el contextualismo deja de lado tal relación al centrarse en las circunstancias que se producen los intercambios lingüísticos. Dicho de otra manera, parece muy complicado falsear creencias, pues se llega a saber lo que no es el caso si se hacen los suficientes ajustes al contexto. De este modo, cualquiera diría que *S* sabe que su automóvil está en el estacionamiento, porque realmente tiene que estar ahí. Si no estuviera, *S* no sabría que estaba allí, no importa la seguridad que tenga y lo convincente de sus razones o justificaciones. Ahora supóngase que el automóvil fuera robado y que uno todavía pudiera atribuir conocimiento a *S*, explicando que en su contexto las alternativas relevantes excluye la contingencia del robo: *S* realmente sabía que el automóvil estaba en el estacionamiento, porque en su contexto no había motivos suficientes para sospechar que fuera robado.

Las personas se resisten a aceptar que alguien sabe algo que en realidad no es cierto. Sin embargo, en el caso que acabamos de describir, *S* puede pensar que sabe que su automóvil está en el estacionamiento, aunque haya sido robado. Esta posición se encuentra relacionada con otra tendencia muy natural: la que uno no atribuye conocimiento de una vez y para siempre. Ambas posiciones parecen estar en conflicto. Dejando a un lado las circunstancias cotidianas, piénsese en contextos donde el marco epistémico tiene un rol decisivo. Por ejemplo, Ptolomeo realmente sabía que el Sol gira alrededor de la Tierra, aunque luego se supiera que estaba en un error. Pero Ptolomeo lo sabía porque la comunidad epistémica de su época le atribuía tal conocimiento, pues él cooperaba con ella y viceversa. De hecho, si uno coopera con Ptolomeo, con sus presupuestos, entonces uno puede estar tentado en aceptar su tesis geocéntrica –de la misma manera que si uno coopera con el contexto de *S*, entonces puede sentirse tentado a aceptar que el automóvil está en el estacionamiento.

Si bien el marco epistémico de ptolemaico nos es completamente lejano, pues somos hijos de nuestra ciencia y no de la ciencia medieval, uno puede estudiar sus causas y los conceptos específicos que impulsaron su desarrollo. De esta manera, se puede comprender por qué los astrónomos medievales creían lo que creían, aunque sobre la base de dicha comprensión sea muy difícil aceptarlo.

En ambos casos –el del estacionamiento y el de Ptolomeo–, la cooperación epistémica resulta relevante para establecer los estándares que estamos dispuestos a aplicar al momento de evaluar creencias. Al cooperar con los presupuestos semánticos del contexto, uno puede discutir o deliberar acerca de opiniones. De este modo, la cooperación epistémica establece la aplicación de estándares lo suficientemente permisivos como para saber que *S* tenía motivos suficientes para estar seguro de que el automóvil estaba en el estacionamiento. Considerando los casos escépticos, *S* sabe que tiene dos manos, pues ninguno de los participantes en el intercambio lingüístico de *S* pone en duda los presupuestos elementales que falsearían su conocimiento. Al cooperar con el contexto de atribución, explícita o implícitamente, la conversación seguirá por los cánones pautados, sin cambiar radicalmente de tema. De este modo, uno coopera cuando *S* sostiene que la sala está vacía, presuponiendo o aceptando implícitamente que *S* se refiere a que no hay gente en la sala. En consecuencia, uno puede continuar por los cánones pautados por *S*, siguiendo con el tema al exclamar: “¡Ojalá venga alguien!”.

Por un lado, la cooperación legítima la aplicación de estándares para la atribución de conocimiento en contextos diferentes que son reportados. Cuando alguien reporta que *S* sabe que *p* en un contexto distinto que el de *S*, está aceptando que los criterios de atribución de *S* son semejantes a los criterios del reporte. Con lo cual la tesis escéptica puede entenderse en variados contextos y no es necesario aceptarla para entenderla.

Por otro lado, la cooperación epistémica arroja cierta luz sobre lo que sucede cuando dos pares epistémicos están en desacuerdo. Supóngase que *S* es un escéptico empedernido y duda que tenga dos manos porque considera la posibilidad de estar siendo engañado por un genio maligno. Ahora, supóngase que *S* tiene un colega que es mooreano y está convencido de que tiene dos manos, simplemente porque presupone que la percepción es una fuente fiable de conocimiento. El escéptico y el mooreano están en desacuerdo. Ambos desacuerdan sobre lo que se infiere. El escéptico creerá que de la posibilidad de ser un cerebro en una cubeta se infiere que no podemos saber que tenemos dos manos. El mooreano creerá que como la

percepción es una fuente fiable, entonces podemos saber que tenemos dos manos. Uno y otro van a discutir partiendo del criterio que consideran correcto. Ambos se refieren a la posibilidad del conocimiento. El mooreano centrándose en qué lo hace posible, el escéptico centrándose en cómo es posible. Por ejemplo, el mooreano puede preguntarse qué fuente de conocimiento es fiable, mientras que el escéptico preguntarse cómo dicha fuente es fiable.

Siguiendo a Cassam (2007), las preguntas acerca de qué hace posible el conocimiento y las preguntas acerca de cómo es posible se diferencian en que las primeras buscan una explicación de algo ya dado; en cambio, las segundas buscan un obstáculo a algo ya dado. Por eso, se dice que estas últimas son obstáculo-dependientes. Sin embargo, esto no implica que en la búsqueda de un obstáculo –como la posibilidad de ser un cerebro en una cubeta– se abandone toda explicación, sino que la explicación gira alrededor de la forma en la que se adquiere conocimiento, poniendo trabas a la fiabilidad de la fuente. En este sentido, la búsqueda de obstáculos corrompe la cooperación entre sujetos, pues se pone en duda los presupuestos que permiten seguir adelante con el tema en cuestión. Así, el contexto de las preguntas sobre «cómo es posible...» es distinto del contexto que abarcan las preguntas sobre «qué hace posible...». Visto de este modo, el desacuerdo entre ambos radica en una diferencia en las intenciones en la atribución de conocimiento. El mooreano tiene la intención de cooperar con las creencias de sujetos que no tienen ninguna ambición teórica y el escéptico no tiene ninguna intención de cooperar con ellas. Ambos son igual de competentes a la hora de atribuir conocimiento, con lo cual los dos tendrían que tener razón al aceptar sus respectivas proposiciones. Esto ocurre porque reciben el apoyo de otros con quienes cooperan –aun si esta cooperación no es explícita. El escéptico recibe el apoyo de los interlocutores que participan de su ambición teórica, mientras que el mooreano recibe el apoyo de quienes participan de la vida práctica cotidiana. Así, la controversia entre el escéptico y el mooreano no es del todo justa, pues ambos reportarían compromisos distintos.

3. Tres casos clásicos vinculados con la cooperación epistémica

Se ha sostenido que a cooperación epistémica es fundamental para establecer estándares de evaluación y para tomar decisiones en torno a lo que se afirma conocer. Asimismo, la atribución del conocimiento –el informe acerca de que *S* sabe que *p*– es posible debido a la participación activa o pasiva de interlocutores que la aceptan y la alientan, conformando el contexto. Esto no quiere decir que no haya fuentes de autoridad, pero es importante tener en cuenta que toda autoridad no solo responde dialécticamente a una determinada obediencia, sino también a cierta indolencia⁶. Tanto la obediencia como la indolencia consisten en cooperar con quienes reclaman para sí mismos atribuciones de conocimiento. Cuando el interlocutor deja de obedecer y ya no es indolente, entonces el tema se desvía hacia los criterios o los estándares que hacen posible tal atribución. Se puede decir, por lo tanto, que los estándares de evaluación pueden cambiar solo cuando uno no coopera.

⁶ Cfr., Foley & Fumerton (1982) quienes, en líneas generales, sostienen que un principio de racionalidad enfocado en la recolección de evidencias, debe hacer frente al problema de la indolencia como la falta de curiosidad para obtener nuevas evidencias.

En este sentido, la cooperación epistémica resulta imprescindible para que nuestras creencias sean de algún modo fiables. Así, es posible interpretar tres casos clásicos a partir de este tipo de cooperación: (A) el caso cebra; (B) el caso Norman y (C) el caso Roxana.

(A) *El caso cebra*⁷: Supóngase que *S* está el zoológico, en las circunstancias normales, de pie delante de una jaula cuyo cartel dice “cebra”, el animal en la jaula parece una cebra y *S* cree justificadamente a través de su percepción visual que es una cebra. Sin embargo, un escéptico se acerca a *S* le pregunta: “¿se le ocurrió pensar que el animal en la jaula podría ser una mula arteramente disfrazada en lugar de una cebra?”. Desde luego, a *S* no se le ocurre pensar que la cebra puede ser una mula, como tampoco que la cebra no puede ser una mula, si nadie se lo dice. Lo que está haciendo este escéptico es no cooperar con las creencias de que los carteles en el zoológico son fiables⁸. Aun así, *S* puede discutir con el escéptico y seguir sosteniendo su posición inicial, pues para abandonarla se requieren razones de peso. No alcanza, como hace el escéptico, con sugerir la posibilidad contraria. Si *S* tuviera cierta afinidad intelectual con temas relacionados con la epistemología, posiblemente cooperará de tal manera que se pueda iniciar una conversación, de lo contrario *S* será indulgente con los argumentos del escéptico.

En efecto, las razones de *S* para aceptar que es una cebra y no una mula disfrazada se basan en la autoridad del testimonio del cartel del zoológico, testimonio que es muy poderoso en comparación con el del escéptico. Ahora bien, supóngase que, para variar el caso, *S* no se encuentra con un escéptico, sino con un zoólogo que se jacta de su vasto conocimiento de las cebras y de la anatomía de las mulas. Este zoólogo le dice a *S*: “Yo soy zoólogo y sé que esos animales no son mulas hábilmente pintadas para parecerse a las cebras, así que sé que son realmente las cebras”. Al igual que el escéptico, el zoólogo aplica su autoridad para que *S* acepte su atribución conocimiento. Desde luego, uno puede creer lo que el zoólogo dice, sin exigirle demasiadas credenciales. Si el zoólogo endurece los estándares de atribución del conocimiento en el que *S* dice saber que lo que ve es una cebra y no una mula pintada, *S* también podría ponerse más exigente y adoptar una actitud escéptica ante la jactancia del zoólogo. Y si no adopta semejante actitud, es porque coopera con él. Asimismo, uno se puede preguntar a quién creer, si a las autoridades de zoológico o al zoólogo, pues en este caso ambos se presentan como pares epistémicos. Porque habitualmente aceptamos mejor los testimonios que se corresponden con nuestras creencias iniciales, es discutible que las credenciales del zoólogo sean suficientes para que *S* cambie de opinión. De todos modos, en temas relacionados con la atribución de conocimiento que vinculan a sujetos en desacuerdo, la cooperación epistémica permite continuar no solo con la conversación acerca de un tema determinado, sino también permite continuar con la vida diaria sin detenernos a pensar posibilidades irrelevantes. En este sentido, la cooperación no es solamente un principio semántico, sino también pragmático. Finalmente, cabe también pensar que nosotros somos expertos en el mundo de la vida, con lo cual tenemos la autoridad suficiente para atribuir conocimiento en dicho contexto. El problema es que el escéptico también

⁷ Cfr., Dretske (1970)

⁸ Si pensamos en el caso de un museo, la escena parece más complicada. *S* está contemplando un cuadro de Picasso, pero un alguien llega y dice: “¿se le ocurrió pensar que no es original?” o “¿cómo sabe que ese cuadro es el original?” Por supuesto, el museo podría haber reemplazado el original por una copia sin que *S* note la diferencia, pero la tendencia general consiste en pensar que cuando uno va al museo está viendo originales.

se presenta como un experto –como el jactancioso zoólogo– capaz de elevar los estándares de conocimiento, incluso en los referentes al de la vida cotidiana, al no colaborar con los presupuestos de *S*.

(B) El caso Norman⁹: Norman suele ser un clarividente completamente fiable, pues cuando alguien le hace una pregunta, él generalmente dice lo que pasará. Por supuesto, no posee ninguna evidencia de la posibilidad general de su maravillosa facultad, ni siquiera sabe por qué sabe lo que sabe. Un día, Norman llega a creer que el presidente se encuentra en Nueva York, a pesar de que no tiene ninguna prueba ni a favor ni en contra de sus creencias. Pero la creencia es verdadera y está basada en los resultados de su poder clarividente. Sin embargo, parece que Norman no está justificado en atribuirse conocimiento, pues no tiene ninguna razón para afirmar que el presidente está en Nueva York. ¿Es, entonces, inaceptable pensar que el conocimiento de Norman es fiable? Uno puede atribuirle conocimiento, no desde el punto de vista del hecho de que sea clarividente, sino desde la inducción: recogido un determinado número de muestras, se llega a la conclusión de que las afirmaciones de Norman son fiables, con lo cual el conocimiento también lo es. En efecto, la creencia de Norman de que el presidente está en Nueva York se encuentra bien fundada: Norman posee evidencias y su creencia está basada en esas evidencias. No obstante, estas evidencias deben responder a una comunidad epistémica que las acepte, implícita o explícitamente. Si Norman no cumpliera ningún compromiso pragmático con lo que la comunidad epistémica acepta como evidencia (ni como proceso fiable), la creencia de Norman no sería evaluada como un caso de conocimiento.

Desde luego, la comunidad epistémica no se identifica con cualquier sector poseedor de conocimiento, sino simplemente con aquel que influye directa o indirectamente en los estados doxásticos del sujeto y participa en la toma de atribuciones. Para que haya evidencias debe haber una comunidad las acepte como tales. Es decir, los actos de clarividencia no suelen ser fiables porque nadie coopera con ellos, poniendo en duda su condición de posibilidad. Un caso análogo al de Norman podría el del oráculo de Delfos. Como cuenta la historia, el oráculo era infalible debido a la ambigüedad de sus consejos o predicciones, había una fe ciega en él. Ahora bien ¿era justificada esa fe? En el contexto de la Grecia clásica, la autoridad del oráculo estaba constituida sobre la base de la aceptación popular, pues no se cuestionaban los presupuestos que la hacían posible. Por lo tanto, en el contexto de la Grecia clásica, si *S* dijera que sabe que *p* porque se lo manifestó el oráculo, la atribución de *S* no solo sería perfectamente racional, sino que también estaría justificada. Al igual que en el caso de Norman, es posible que el oráculo sea fiable sobre *p* aun si uno no sabe que lo es. Según la concepción fiabilista del conocimiento, simplemente ser fiable sobre *p* es suficiente para la atribución de conocimiento, pues si el reconocimiento de la fiabilidad de *p* fuera una condición adicional para la atribución, entonces deberíamos tener acceso intelectual y reflexivo a todos nuestros conocimientos. Por supuesto, esto no ocurre en el caso de Norman ni el del oráculo.

(C) El caso Roxana¹⁰: Roxana tiene un automóvil y cree implícitamente en lo que marca la aguja del medidor de combustible, sin saber si funciona correctamente,

⁹ Cfr., BonJour (1985).

¹⁰ Cfr., Vogel (2000). Distinto a las intenciones de Vogel, este caso, no solo justifica la cooperación epistémica entre sujetos, sino más bien la confianza que los seres humanos depositamos en las máquinas bajo el prisma de la cooperación.

pues carece de toda información acerca de cómo trabaja el mecanismo. No obstante, Roxana emplea un curioso procedimiento: observa a menudo la aguja del medidor para comprobar que el tanque de combustible esté lleno. De esta manera, no solo forma una creencia acerca de la cantidad de combustible que se encuentra en el tanque, sino que también toma nota de la situación del propio medidor. Por ejemplo, cuando la aguja marca “lleno”, ella cree que marca lleno y también que el depósito está lleno. Así, Roxana combina ambas creencias: en esta ocasión, el medidor indica que está lleno y el tanque de combustible está lleno. También el proceso perceptivo con el que obtiene dicha información es ciertamente fiable. Con lo cual, por hipótesis, la creencia de que el depósito está lleno surge a través de un proceso conjunto que resulta fiable. Finalmente, la inducción entre la fiabilidad de los procedimiento parece que provee la información suficiente para saber que el medidor no está dañado y que es fiable.

En la descripción del caso de Roxana, se puede observar un razonamiento defectuoso al pretender concluir que el medidor de combustible trabaja correctamente. Pero esta incorrección metodológica, más allá de una discutible circularidad, se debe a que nadie puede examinar todo solo. Por un lado, el examen exhaustivo que hace Roxana para inducir que el medidor es fiable pertenece a un contexto que parece distinto a la situación inicial de la propia Roxana: ella parece relacionarse con los objetos de manera cotidiana, mientras que el examen –por sus propias características– parece pertenecer a un contexto donde los estándares de evaluación y prueba son más exhaustivos¹¹. Por otro lado, este caso presupone que Roxana no posee un trasfondo de información sobre la fiabilidad de indicadores semejantes al que ella inspecciona. Pero ningún adulto normal que carece de la información básica sobre la que se deposita la fiabilidad de la percepción y la memoria. Sería muy extraño que Roxana base su creencia de que la percepción y la memoria son fiables en un argumento inferencial y que use tal argumento para obtener un conocimiento donde antes no había nada.

Quizás la inducción sea un paso fiable y necesario para moverse en el mundo, pero esto no impide que sea un proceso intelectualmente complejo. Solamente cuando alguien tiene el tiempo suficiente para prestar la atención necesaria, puede vislumbrar la complejidad del proceso. Por lo tanto, uno puede saber que el medidor está funcionando correctamente, sin necesidad de pensar en cómo funciona.

Más allá de las situaciones extraordinarias, es suficiente si se coopera epistémicamente con los presupuestos que hacen posibles que el medidor de combustible sea fiable. De hecho, la noción misma de inducción implica que uno puede atribuir conocimiento a un creencia falsa. Con lo cual el conocimiento debería exigir algo menos de certeza o infalibilidad. El conocimiento, al referirse a determinados procesos, no tiene por qué ser atribuido de una vez y para siempre. No obstante, más exhaustivo es el examen, más pretenciosa es la evaluación. Roxana, al intentar controlar todos los aspectos del proceso por el cual el medidor marca “lleno”, también pretende ser exhaustiva acerca de la atribución de conocimiento. Pero su práctica es característica de condiciones muy extremas o extraordinarias. Además, el trasfondo de información es justamente por lo que uno coopera, pues en

¹¹ Así, por ejemplo, Mellor (1991) sostiene que los hábitos inductivos pueden producir creencias justificadas gracias a las regularidades naturales, contingentes, independientemente del conocimiento que tenga uno sobre su fiabilidad.

un contexto semejante el conocimiento de la fiabilidad de las facultades no se plantea de forma meramente autoconsciente.

Para la mayoría de nosotros, la creencia en la fiabilidad de la percepción como en la memoria ya está bien anclada en la manera en la que cooperamos uno con otros antes de involucramos en la reflexión filosófica acerca de su fiabilidad. El conocimiento tiene un papel en la ciencia y en el razonamiento práctico, ambas funciones requieren habilidades sociales que implican la articulación de atribuciones epistémicas que se presentan adecuadamente en contextos relevantes. De ahí que el conocimiento no solo está conectado con razones disponibles, sino también con prácticas que tienen un alcance teleológico. La motivación de la cooperación epistémica es que el conocimiento no siempre exige pruebas a efecto de ser fiable o de ser fuente de justificación, confirmación o refutación.

Finalmente, en los tres casos expuestos se pone en evidencia la necesidad de cooperar que tienen los sujetos, sobre todo al participar del intercambio lingüístico. Para lograr la aceptación de sus respectivas atribuciones de conocimiento, uno no debe superar obstáculos innecesarios sino aquellos que tienen que ver con el respectivo contexto. Así, en el caso de la cebra la fiabilidad de los carteles no tiene por qué ponerse en duda, aunque implique un engaño premeditado por las autoridades del zoológico. El caso de Norman es un poco más complejo, pues la capacidad de clarividencia solamente es fiable si uno deja de cooperar con los estándares normales que constituyen la racionalidad en el mundo moderno. Estos estándares se reflejan en que no es aceptable ninguna creencia basada en la adivinación. En caso de Roxana se ve claramente que en situaciones de vida cotidiana no hay espacio para un examen exhaustivo de las condiciones de fiabilidad. Por el contrario, uno trabaja epistemológicamente en equipo cuando pretende combinar atribuciones de conocimiento con acciones que persiguen algún fin práctico.

4. Circularidad

Si se propone un argumento en el que la conclusión de que un proceso resulta fiable y la creencia en una o más de las premisas depende de este proceso, entonces el argumento esgrimido es epistémicamente circular. Según se viene sosteniendo, si la atribución de conocimiento se infiere a partir del pasado éxito de una fuente en la producción de ciertas creencias, entonces tal atribución tiende a ser epistémicamente circular. Porque, con el fin de confirmar que la fuente en cuestión produjo creencias verdaderas en las ocasiones anteriores, uno se encuentra forzado a depender de esa misma fuente. Asimismo, alguien puede objetar lo siguiente: si la cooperación epistémica hace que los procesos sean fiables, sin embargo ¿qué vuelve fiable a la cooperación epistémica? Dicho de otra manera, se puede pensar que la cooperación epistémica resulta fiable porque mediante ella se determina qué procesos son fiables, pero también se puede pensar que es la fiabilidad de los procesos lo que vuelve fiable a la cooperación epistémica. Al proponer una discusión en la que se cuestiona seriamente si existen razones para aceptar alguna proposición p , no es lícito apelar a la misma proposición p , o a un argumento cuya verdad o justificación de las premisas dependan de p . De esta manera, se entiende el motivo de apelar a alguna clase de restricciones que haga de la fiabilidad un fundamento privilegiado para justificar creencias. Sin embargo, proporcionar una explicación satisfactoria de este tipo de

privilegio teórico es una tarea muy diferente a la de proporcionar un argumento dialécticamente aceptable en el que se cuestione seriamente la conveniencia de nuestras evaluaciones epistémicas.

De esta manera, siguiendo a Bergmann (2004, 2006)¹², la circularidad no tiene por qué ser en todos referentes a los procesos inductivos algo malo, puesto que la fiabilidad relacionada con las intuiciones sensibles no tienen que ser, en todos los casos, cuestionada. Así, los argumentos que presentan este tipo de intuiciones son aceptables en aquellos contextos donde se coopera con ella. Justamente, negar la capacidad de cooperación entre sujetos epistémicos implica sostener que las atribuciones de conocimientos deben ser inferenciales. Por desgracia, esta posición, junto con la negación de las intuiciones ampliamente aceptadas por su fiabilidad, conduce directamente al escepticismo radical mediante la siguiente argumentación:

1. Las atribuciones de conocimiento solo se justifican mediante inferencias.
2. Las atribuciones de conocimiento pueden justificarse mediante inferencias solo si la atribución de que se infiere está justificada.
3. Por lo tanto, las atribuciones de conocimiento pueden justificarse o bien a través de un razonamiento circular, o bien a través de una cadena infinita de razonamiento (circular o no), o bien ninguna atribución pueden justificarse.
4. Nuestras atribuciones de conocimiento no pueden justificarse a través de razones que implique alguna atribución de conocimiento (circularidad)
5. Nuestras atribuciones de conocimiento no pueden justificarse a través de una cadena infinita de razones¹³.
6. Por lo tanto, ninguna atribución de conocimiento puede justificarse.

La conclusión de este razonamiento parece implausible, pues no parece seguirse de las premisas anteriores, aunque se piense que debería haber siempre una base racional a través de la cual se evalúen atribuciones de conocimiento. La motivación de esto es que con una base racional los sujetos son capaces de entendimiento, de persuasión y, como sostenía Habermas (1983), de orientar sus acciones diferenciadamente en el mundo de la vida¹⁴. Pero esto funciona en contextos exigentes, donde se piden explicaciones o se empieza a dudar del propio marco epistémico. Uno puede legitimar la circularidad a partir de la cooperación epistémica y así recuperar la fiabilidad perdida por la exigencia del contexto. Mediante la tesis de que los sujetos cooperan en la atribución de conocimiento, uno puede dar cuenta de que en determinados contextos, *S* puede saber que tiene dos manos, ignorando que es un cerebro en una cubeta; de la misma manera, que *S* puede saber que tiene dos manos, ignorando una multitud de proposiciones verdaderas que se ven implicadas, por ejemplo: que tiene ojos, que respira, que existe la realidad extensa. Así, uno es capaz de concebir la circularidad adecuándola a una concepción poco exigente del conocimiento. Tal concepción sí puede implicar argumentos circulares; pero si uno coopera con

¹² Cfr., Reed (2006), para quien la opinión de Bergmann se ve socavada por las dudas que debe tener cualquier sujeto y de que no existe una explicación plausible de cómo podemos tener un conocimiento inferencial que demuestre que nuestras facultades son fiables. También McGrew (2007) especifica un sentido en el que las creencias no inferenciales pueden ser epistémicamente circulares.

¹³ Cfr., Klein (1998).

¹⁴ Por supuesto, en el mundo de la vida no hay ni circularidad, ni cadenas infinitas, sino certezas y actitudes prácticas compartidas y, de este modo, se da el entendimiento entre sujetos que cooperan. Pero esta es solamente una parte del mundo de la vida, también la reflexión, la crítica, y las diversas evaluaciones epistémicas, son parte del mundo de la vida.

la conversación, la circularidad no será relevante. En este sentido, la cooperación epistémica establece un corte: ella garantiza que haya contextos en los que tanto la inducción, y la circularidad que ella envuelve, funcionen. Lo mismo sucede cuando la circularidad de una argumentación es lejana en el tiempo: en un momento (t_1), S justifica la percepción apelando a la fiabilidad de la memoria y en otro momento (t_2) justifica la memoria apelando a la fiabilidad de la percepción, donde t_1 y t_2 pueden no pertenecer al mismo contexto de S , ni siquiera al mismo intercambio lingüístico. De este modo, la cooperación epistémica es aquello que hace posible que una atribución de conocimiento sea racional, determinando cuánta confianza se tiene que depositar en una proposición para que alcance el estatus de conocimiento.

5. Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha sostenido que la manera en la que los sujetos cooperan unos con otros determina la fiabilidad de los procesos que hacen posible las atribuciones de conocimiento. De manera que mediante la cooperación epistémica se consigue dar una respuesta al escepticismo. El escéptico, al no colaborar con los demás sujetos en las prácticas epistémicas que realizan, se aísla. Su conducta antisocial es producto de que sus evaluaciones están fuera de contexto.

Quizás parezca que se trata de una discusión entre un experto en epistemología –como lo es el escéptico– y un sujeto normal que atribuye conocimiento en contextos cotidianos. Por lo tanto, análogamente se puede inferir que, al igual que el experto lleva razón en disciplinas científicas, el epistemólogo experto también llevará razón en temas referentes al conocimiento. No obstante, esta inferencia es engañosa, por el sencillo motivo de que las personas normales son sujetos epistémicos, y como tales son expertas en tratar con el mundo eficazmente. Y justamente esto es lo que presupone cualquier teoría que abogue por el sentido común. Si los sujetos son expertos en el momento de atribuir conocimiento en contextos cotidianos, entonces la autoridad del escéptico se pierde en los confines de la cooperación epistémica.

Si se sigue con la anterior analogía, también cabe sostener que la experiencia de una determinada técnica científica dará lugar a determinadas predicciones, haciendo que la creencia esté justificada. En cambio, con el uso de hojas de té para predicción del futuro, se considerará que las creencias resultantes no están justificadas, aunque ambos dominios pueden estar fundados en idénticos procesos inductivos. Entonces ¿por qué las creencias no se justifican sobre el mismo método inductivo? La respuesta se encuentra en la manera que cooperamos con la ciencia y en la manera que no cooperamos con el arte de la adivinación. El caso *Norman* en comparación con el del oráculo en la Grecia antigua, es un buen ejemplo de ello. En el caso del oráculo, la comunidad epistémica aceptaba la intromisión de la divinidad en temas mundanos, mientras que en el mundo occidental actual, el de Norman, el poder divino no es tomado en serio para evaluar el conocimiento sobre eventos contingentes futuros.

Ahora bien, la fiabilidad de los procesos se conecta con el problema de la circularidad. Uno puede pensar que la razón implica instancias de procesos fiables en un contexto dado, y a la vez pensar que la fiabilidad es producto de la razón. No obstante, si se recurre a la cooperación epistémica, este tipo de circularidad se vuelve muy vaga, pues solo cooperando los sujetos consiguen que determinados argumentos sean racionales y que se desarrollen los procesos necesarios para que

las atribuciones de conocimiento sean fiables. En efecto, sería preferible evitar todo tipo de circularidad en todo contexto, pero esto no solo parece imposible, sino que tampoco parece preocupante –al menos en los contextos propios de la vida diaria. En consecuencia, tendríamos que estar satisfechos con el hecho de que se evite en los contextos más exigentes. De este modo, uno puede entender la circularidad en un sentido débil y en otro fuerte. En un sentido débil, que haya circularidad tácita en nuestros argumentos –cuando se trata del contexto flexible de la vida diaria– no es preocupante. En cambio, en el sentido fuerte, cuando se produce en los contextos exigentes de las explicaciones teóricas, no es deseable argumentar mediante una razón se soporte mutuamente con otra razón –de hecho, el soporte mutuo entre razones no es una forma de cooperación epistémica en este tipo de contexto.

Finalmente, se puede pensar que el escéptico no coopera al cuestionar la fiabilidad de las creencias. Si bien esta es una interpretación posible, hay otra en la que se podría sostener que el escéptico coopera con su propio contexto, que es el de desarticular teóricamente determinados presupuestos. En este sentido, el contextualismo tiene sustento en este tipo de cooperación; es más, la cooperación no solo hace posible la fiabilidad de las creencias, sino el mismo contexto donde estas suceden.

6. Referencias bibliográficas

- Alston, W. (1986). Epistemic circularity. *Philosophy and Phenomenological Research*, 47(1), 1-30.
- Alston, W. (2005). *Beyond "justification": Dimensions of epistemic evaluation*. Ithaca: Cornell University Press.
- Barnett, D. J. (2014). What's the matter with epistemic circularity? *Philosophical Studies*, 171(2), 177-205.
- Bergmann, M. (2004). Epistemic Circularity: Malignant and Benign. *Philosophy and Phenomenological Research*, 69, 709-727.
- Bergmann, M. (2006). Epistemic Circularity and Common Sense: A reply to Reed. *Philosophy and Phenomenological Research*, 73, 198-207.
- BonJour, L. (1985). *The Structure of Empirical Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cassam, Q. (2007). *The Possibility of Knowledge*. Oxford: Oxford University Press.
- Chisholm, R. (1973). *The Problem of the Criterion*. Milwaukee: Marquette University Press.
- Chisholm, R. (1982). *The Foundations of Knowing*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DeRose, K. (2009). *The Case for Contextualism: Knowledge, Skepticism, and Context, Vol. 1: Knowledge, Skepticism, and Context*. Oxford: Oxford University Press.
- Dretske, F. (1970). Epistemic Operators. *The Journal of Philosophy*, 67(24), 1007-1023.
- Foley, R. (2004). *Intellectual Trust in Oneself and Others*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foley, R., & Fumerton, R. (1982). Epistemic Indolence. *Mind*, 91, 38-56.
- Fumerton, R. (1995). *Metaepistemology and Scepticism*. Maryland: Rowman and Littlefield.
- Habermas, J. (1983). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hazlett, & Allan. (2010). The myth of factive verbs. *Philosophy and Phenomenological Research*, 80(3), 497-522.

- Huemer, M. (2011). The Puzzle of Metacoherence. *Philosophy and Phenomenological Research*, 82(1), 1-21.
- Klein. (1998). Foundationalism and the Infinite Regress of Reasons. *Philosophy and Phenomenological Research*, 58(4), 919-925.
- McGrew, T., & McGrew, L. (2007). *Internalism and Epistemology*. London: Routledge.
- Mellor, D. H. (1991). *Matters of Metaphysics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reed, B. (2006). Epistemic Circularity Squared? Skepticism about Common Sense. *Philosophy and Phenomenological Research*, 73(1), 186-197.
- Vogel, J. (2000). Reliabilism Leveled. *Journal of Philosophy*, 97(11), 602-623.
- Wittgenstein, L. (1991). *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa.